

Flora Ovares

Álvaro Quesada Soto, a gusto con los libros

Universidad Nacional, Costa Rica

floraovares@yahoo.com

Álvaro se graduó en estudios eslávicos en la Universidad de San Petersburgo. Impartió diversos cursos y seminarios sobre literatura rusa e hizo hermosas traducciones de algunos autores, como Antón Chejov. Sin embargo, por diversas razones no se dedicó de lleno a esta especialidad sino que enfocó sus esfuerzos en la literatura costarricense. Y lo hizo de manera tal que dejó una huella fundamental en ese campo.

Para vislumbrar su aporte en los estudios literarios costarricenses, hay que bosquejar el panorama de esta disciplina en el momento en que Álvaro empieza a dar a conocer sus investigaciones. Margarita Rojas sintetiza tres tendencias en ese campo de la práctica académica costarricense: la histórica, utilizada en el colegio, y que consiste en descubrir en la obra rasgos de las diversas corrientes literarias; la temática, es decir, el señalamiento en el texto de un tema escogido previamente; y tercera, la aplicación de una teoría como modelo de análisis del texto. Por otro lado, la ruptura con la filología y la historia de la literatura había llevado al abandono de cualquier pretensión de establecer sentidos a los textos y a la prohibición de cualquier interpretación¹. Estas dos tendencias (la aplicación de teorías y el desprecio por la interpretación), que se teñían de modernidad, marcaron el rumbo de numerosas investigaciones y

¹ Ver Margarita Rojas. “Los estudios teóricos de la literatura y la necesidad de la interpretación”. *Letras* 39 (2003): 251-265. Este número de la *Revista de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje*, Universidad Nacional, Costa Rica, está dedicado a Álvaro Quesada y los contenidos son todos sobre literatura costarricense.

tuvieron consecuencias discutibles. Así, se asumían mecánicamente y sin enriquecerlas posiciones teóricas superadas en otros países, lo que llevaba a enfoques dogmáticos y capillas interpretativas. A la vez, se aislaba el texto de su contexto histórico, lo que conducía a repetir hallazgos o a la incompreensión de los aspectos culturales de las obras. También se perdía el gusto por la crítica fundamentada e inteligente, por la aproximación creativa al texto que en algunos ensayistas anteriores había dado como resultado obras de gran valor estético.

Aunque ya en la Universidad Nacional algunos estudiosos habían iniciado un tipo de acercamiento a la obra literaria más cercano a la explicación sociológica e ideológica, éste era más o menos el panorama en la época en que nuestro recordado amigo comienza con su labor docente e investigativa.

Antes que nada, hay que señalar que Álvaro poseía esa disposición de ánimo serena que le permitía alejarse del entorno ruidoso, del activismo y la burocracia y que es propia del investigador de vocación. Así lo reconoce Víctor Hugo Acuña cuando afirma que “fue un universitario y un verdadero hombre de letras, a gusto con los libros y alérgico a reglamentos y formularios”.

A continuación, hay que recordar su extenso trabajo de recuperación y delimitación de un corpus de la literatura costarricense. Esta labor inicial, tal vez poco vistosa y necesariamente sacrificada y callada, es el imprescindible punto de partida para cualquier investigación posterior. En el caso de Álvaro, fue un trabajo que implicó el examen, tanto de la literatura propiamente dicha como de la crítica referente a las obras. Indagó en revistas, periódicos, ediciones antiguas; en fin, se leyó todo lo que se había escrito acerca de las letras nacionales y conocía todas las obras publicadas. El libro que se presenta hoy, *Rutas de subversión. La novela de los años cuarenta*, confirma ese afán exhaustivo, esa capacidad de trabajo y esa responsabilidad suyas. Aparecen las bibliografías elaboradas a través de más de veinte años de escrutinio minucioso, de lecturas hechas al abrigo de una erudición paciente y una señalada inteligencia que le permitía sopesarlas en su justo valor.

Con ese conocimiento, con su sabiduría y su cultura, Álvaro no tuvo dificultad para dedicarse al análisis y la interpretación de la literatura costarricense, sobre todo la narrativa y la dramaturgia. Se interesaba en el estudio de los discursos ideológicos que se construyen y reelaboran en las obras literarias, las relaciones entre éstas y los discursos políticos y las posibles dinámicas entre todos estos elementos. Poco a poco inicia un acercamiento integral a los fenómenos culturales vinculados al texto literario concebido como una totalidad en permanente cambio.

Desde sus primeros estudios, se preocupa por sistematizar tanto las generaciones y promociones literarias como los sistemas de tradiciones y valores de cada grupo social en su momento histórico sin descuidar el análisis concreto de las obras. Dos conceptos centrales y orientadores de su propuesta son el de ruptura o escisión y el de diálogo. Atrás de ellos, muy en el fondo, la noción de un discurso bucólico que se resquebraja al contacto con la historia. Un discurso que, más que realidad, es una especie de código ausente que condiciona la práctica escritural de las sucesivas generaciones literarias. Los ensayos del presente libro resultan un buen ejemplo de este tipo de abordaje del hecho literario. En ellos estudia la propuesta de unidad ideológica de la Generación del Olimpo como proyecto de nación y la posterior o a veces simultánea escisión, crisis y subversión de este modelo ideológico y estético en las sucesivas generaciones, especialmente la de los años cuarenta.

La idea del diálogo entre textos y propuestas ideológicas se profundiza a medida que avanza en su estudio de la literatura nacional; se atenúan las posiciones un tanto maniqueas y se empieza a percibir con mayor justeza la determinante presencia de las diferentes voces y la tensión entre diversos discursos, a veces incluso las contradicciones entre ellos y su resolución en el seno de las obras analizadas. En este camino le alumbró la teoría de Mijail Bajtin a quien pudo leer en sus fuentes. Otra gran diferencia con buena parte de los análisis a los que estábamos habituados, los cuales muchas veces aludían a conceptos teóricos mediante fuentes de segunda y tercera mano (como decíamos en broma: un alumno citaba a Bajtin citado por Kristeva, citado por María Amoretti, citado por Jorge Chen).

Y aquí se ligan una postura teórica con una opción generacional. En otro momento, decíamos que la trayectoria profesional de Álvaro ejemplifica la de toda su generación, estructurada alrededor de la pregunta sobre la identidad personal, nacional o latinoamericana en un intento de autodefinición relacionado con la crítica al poder en cualquiera de sus manifestaciones. En este proceso, es importante la presencia de los Otros como los espejos vivos que permiten ampliar y reconocer esa identidad. Con su generación, Álvaro comparte este rechazo al poder y el consecuente compromiso político. Pero, sobre todo, el reconocimiento de la diversidad que modela dinámicamente el espejo de las identidades, posición que subyace a su opción por el enfoque interdisciplinario del hecho literario.

Esta actitud, que en plano del intercambio intelectual se traducía en el interés y el respeto por las opiniones de sus colegas, en mi caso y el de varios de mis amigos dio pie a una inolvidable cercanía personal. Recuerdo con agrado los primeros encuentros en congresos y seminarios, donde nos asustaba un poco percatarnos de que se nos había adelantado en un tipo de aproximación a la literatura que de alguna forma se acercaba a nuestro punto de vista. Pero inmediatamente nos dimos cuenta de que había en él una gran generosidad, que era completamente ajeno a la competencia y la rivalidad que a veces se encuentran entre los académicos de los centros de enseñanza. Y de ahí, para nuestra fortuna, empezamos a compartir opiniones, a discutir las, a compararlas y, más que nada, a aprender que no era necesario coincidir siempre para respetarse mutuamente.

Una de las experiencias más gratificantes fue el análisis del teatro costarricense de fines del siglo XIX y la primera mitad del XX que hicimos con Margarita Rojas y Carlos Santander. Aprendimos mucho todos y aunque muchas veces no estábamos de acuerdo logramos llegar a resultados interesantes. Así, de esas tardes entretenidas y fructíferas en San Joaquín de Flores, nacieron varios artículos, una antología del teatro de esos años y un tomo del libro *En el tinglado de la eterna comedia*, publicado por la Editorial de la Universidad Nacional en 1995.

Recuerdo las palabras de Omar Dengo que definen el quehacer intelectual, cuya esencia es para el pensador: “Silencio, pero silencio que vibre en el ruido de grandes tempestades mentales y el

ritmo de intensas exaltaciones del corazón. Soledad que sea presencia en el alma de muchedumbres, de anhelos y de esfuerzos.” Y así fue la vida académica de Álvaro, ajena a las estridencias y los primeros planos, discreta y fructífera. Tanto que, nueve años después de su partida, convocó a sus amigos y familiares que se unieron en la delicada y paciente labor que culminó en este libro. Una obra que no sólo recoge los escritos que dejó inéditos y otros que habían tenido poca difusión, sino que congrega los recuerdos, opiniones y homenajes de quienes lo conocimos. Y la presencia silenciosa pero llena de voces de Álvaro nos sigue convocando hoy alrededor de esta celebración y lo seguirá haciendo con las generaciones futuras gracias a su herencia intelectual y humana.

Este libro testimonia el respeto y la dedicación de Amalia Chaverri, Gastón Gaínza, Eugenia Chaverri y todos los que colaboraron para hacerlo posible. Además, cierra un ciclo académico y sobre todo, un ciclo de cariño, como anuncia la dedicatoria de Eugenia: “Tu primer libro me lo dedicaste a mí. Tu último libro de lo dedico yo a vos.” Y que como todo ciclo que se cierra abre otros senderos, a lo largo de los cuales nos seguirá acompañando Álvaro quien, como siempre, se nos adelantó esta vez en el camino de la vida.